

Y el hombre lo seguía diciendo entre dientes :

—Sí, sí; es el corrector de pruebas.

En la calle se le acerca el mismo personaje, y hablando, hablando, lo acompaña hasta su misma casa, porque casualmente lleva el mismo camino que el secretario del Duque.

---

## CAPÍTULO X.

Donde verá el lector desocupado cómo por huir de Scila se cae en Caríbdis.

Vino el día y amaneció la señora Gertrúdis con el rostro, que en honor de la verdad no era un cielo como ya sabemos, sumamente encapotado, anunciando que detras de aquella cara siempre risueña había también tempestades.

Á las diez de la mañana se hallaba en su chiribitil con el entrecejo arrugado y la boca fruncida, rascándose frecuentemente la cabeza, de muy mal humor, con la aguja ambulante de su eterna calceta.

Allí estaba el gato, reposando sobre sus cuatro piés en el borde mismo de la mesa, clavando alternativamente sus redondos ojos, ya en el armario entreabierto, ya en el sem-

blante serio y reflexivo de su ama; en el armario con malicia inteligente, y en su ama con estupidez profunda.

De vez en cuando se replegaba, elevando el lomo en actitud de lanzarse sobre el blanco ovillo de la calceta, que solía moverse inquieto en la falda oscura de la señora Gertrúdis; pero cambiaba de parecer, y en vez de saltar sobre el ovillo se desperezaba alargando sus manos y bostezando con satisfecha indiferencia, tendiendo de paso la pronta garrá á la mosca imprudente que pasaba al alcance de sus uñas.

La portera proseguía su labor con la cabeza inclinada, viendo crecer los puntos que uno á uno salían de sus dedos, pasando de una aguja á otra, engendrándose uno en otro en sucesión continua, si me es permitido decirlo así, fecundados por el hilo.

Como ya hemos dicho, la señora Gertrúdis estaba sumamente seria; jamás había presentado una cara de tan pocos amigos.

No teniendo familia ninguna, y viviendo sola como un hongo, no parece natural que naciera su desazon de pesares domésticos. Es

posible que el gato, compañero único de su vida solitaria, le hubiera jugado alguna de las suyas; pero lo acabamos de ver tan sosegadamente encaramado sobre la mesa, que la tranquilidad de su espíritu nos da testimonio seguro de su inocencia, por que los gatos siempre que la hacen la temen.

Y el caso es que la señora Gertrúdis tiene algo, y algo grave, algo que le llega al alma, algo que interiormente está *dale* que *dale* y *erre* que *erre*, agitando su pensamiento, pues además de su cara de vinagre y de los frecuentes resoplidos con que suspira, es preciso que sepamos que en toda la noche ha podido pegar los ojos.

¿Qué tiene, pues, la señora Gertrúdis?.....

¿Quién se entretiene en agitar de ese modo la balsa de aceite de su corazón tranquilo?.....

¿Quién es el que turba así el sosegado curso de su vida solitaria, oscura y alegre?

Voy á decirlo.

La causa de su desazon es Miguel.

«Miguel, que hace ya tres días que apenas pára en casa.»

«Miguel, que sale por la mañana y no vuelve hasta las doce de la noche.»

«Miguel, que no se sabe ni dónde come ni dónde almuerza.»

«Miguel, pálido, taciturno, ojeroso, con el pelo rizado, con camisas que no se sabe de dónde han venido, con un traje nuevo y completo.»

«Miguel, en fin, con pañuelos de batista, botas de charol inglés y guantes de piel de Escocia.»

Tal era el motivo de su inquietud, el motivo de su tristeza, el motivo de su enojo.

Pero, francamente, la señora Gertrúdis debía tener muy mal corazón, porque todo eso que la inquietaba, ¿no era al fin y al cabo indicio seguro de que su pobre huésped había encontrado una sonrisa de la fortuna? Todo ello, ¿no significaba un cambio favorable en su suerte, un principio de prosperidad, un paso hacia la dicha?

Es cierto que la portera ignoraba el origen de tan súbita opulencia, sin que le hubiera sido posible, á pesar de sus tenaces y

estudiadas preguntas, penetrar en el secreto que Miguel guardaba en las profundidades de un silencio invencible; ¿pero acaso su curiosidad impertinente tenía derecho á entretenerse del bien ajeno á título de que no estaba satisfecha?

Es verdad también que Miguel no era el mismo de ántes, que se había perdido la sonrisa en sus labios, que su mirada serena empezaba á ser inquieta, como si él mismo se asustara de su naciente felicidad; que se mostraba triste, pensativo y hasta sombrío.... Parecía que al sacar la frente del abismo de la miseria en que vivía, su alma había caído en un pozo.

Mas aún siendo esto así, nada la autorizaba á entrometerse en los asuntos de su huésped hasta el punto de hacerlo *question de gabinete*, porque Miguel, como otro hombre cualquiera, podía muy bien estar triste, y aún darse á todos los demonios, cabalmente cuando empezaba á ser un mortal dichoso. Si ántes había tenido la ocurrencia de vivir tranquilo en medio de su desgracia, ¿qué razón se opone á que tuviera ahora el capri-

cho de ser infeliz al entrar por las puertas de la fortuna?

La señora Gertrúdis no tenía motivo justificado para entregarse del modo que hemos advertido á las cavilidades de su mal humor; pero vaya V. con esas filosofías á una buena mujer de cortos alcances, empeñada en creer á *pié juntillas* que aquellas ausencias misteriosas y aquel lujo repentino, así de *bóbilis bóbilis*, habian de ser, ni más ni ménos, la perdicion del pobre muchacho.

Ya se ve, si ella tuviera algun relámpago acerca del origen tenebroso de aquellas tristes prosperidades, del mal el ménos, porque ya buscaria en los oscuros rincones de su ingenio algun recurso con que apartarlo de golpe ó ir apartándolo poco á poco del mal camino que habia emprendido, pues ella daba por seguro que Miguel andaba en malos pasos.

«¡Dios sabe, exclamaba, en que líos se habrá metido.»

Mas iba á ciegas por el laberinto de sus pensamientos, pues el huésped habia cerrado el pico y callaba como un muerto, sin que

hubiera modo de sacarle palabra, ni con ganchos.

Habia pensado, y veia claro como el sol, que Magdalena podia ser el ángel bueno de aquel tonto de hombre, empeñado en perderse, y se affigia más pensando en esto, precisamente porque ántes le habia ocurrido hacer de Miguel el ángel bueno de la pobre muchacha, librándola de los malos consejos de aquel basilisco de Juana, empeñada en perderla.

Mas, veia, y aquí está el gran motivo de su pesadumbre, que aquellos dos corazones, que habian empezado á entenderse, no se acercaban, ántes bien parecia que el demonio en persona habia metido la pata entre ellos para separarlos, y decia:

— Para dejar al demonio con tres palmos de narices no hay más que acercarlos, unirlos, y entónces se queda el pobre diablo tocando tabletas.

Esta idea iluminaba su rostro con un relámpago de alegría; mas pronto volvía á oscurecerse, porque naturalmente se le ocurría

una pregunta que se cae de su peso, y que ella se hacia diciendo :

—¿Y cómo?

La astuta vigilancia que Juana ejercia sobre Magdalena lo hacia difícil ; las ausencias de Miguel y su obstinado silencio lo hacian casi imposible ; y la señora Gertrúdis, descargando sobre éste, digámoslo así, todo el rencor de su cariño, exclamaba :

—¿Le parece á V. qué hombre?..... ¡No ha venido á las cuatro de la mañana! Aun no lo he visto..... ni quiero verlo.

Tal era el hervir de sus ideas, mejor dicho, de sus sentimientos, cuando advirtió una sombra que se adelantaba hácia la escalera, y oyó pisadas lentas, como las de una persona que anda con piés de plomo, y acompasadas como las del hombre que no está completamente seguro del terreno que pisa.

Miró por el ventanillo de la portería y vió un caballero que empezaba á subir la escalera. Era una persona desconocida, y le preguntó :

—¿Á qué cuarto va V., caballero?

El caballero se detuvo, y apoyando entrambas manos sobre el puño de su enorme baston, dijo :

—Señora, esa pregunta me advierte que no sé á qué cuarto voy.

—Vendrá V. equivocado, *refunfuñó* la portera, sin apartar los ojos del ventanillo.

—No, replicó él, mis señas son seguras, pero no completas, y V. tendrá la bondad de completarlas, porque V. debe saber el cuarto adonde voy.

—Yo no puedo saber eso, dijo la señora Gertrúdis, porque yo no soy adivina.

—Verá V. cómo sí, añadió el caballero. Yo busco al Sr. D. Miguel Lanuza, guapo chico, jóven excelente, por el que me tomo un vivo interes.

—¿Acaso, preguntó la portera, le sucede alguna desgracia?

—No, le contestó, y en todo caso puede que esté en su mano remediarla.

—¿Pero qué le ha sucedido? exclamó la señora Gertrúdis con ansiedad visible.

—Nada que yo sepa, dijo él; añadiendo: ¿tiene V. alguna mala noticia?

Ella contestó :

— ¡ Ah!..... yo no sé nada.

— Respiro, porque ese jóven me interesa mucho y me habia V. puesto en cuidado. Ahora V. me dirá á qué cuarto voy.

— Cuarto cuarto primero de la izquierda..... Hay entresuelo.....

— Muchas gracias, señora..... dijo el caballero, y continuó subiendo la escalera.

Entre tanto la portera se decia :

— Este señor es la primera vez que viene á buscarlo..... Puede ser que sea algun antiguo amigo de su padre..... Con su gran levita abrochada hasta el cuello, su gran sombrero calado hasta las orejas y su gran baston parece un buen hombre.

En esto sus oidos de portera distinguieron claramente el sonido de la campanilla del cuarto cuarto primero de la izquierda, y dijo :

— Anda, ya está arriba..... se conoce que no le pesan las piernas..... El *señorito* dormirá como un tronco..... ¡ ya se ve, se acostó á las cuatro de la mañana!..... Pobrecillo, no le hará gracia que le quiten el sueño..... no,

no..... que se despierte..... que se levante..... Pícaro..... Así á la noche se recogerá temprano.

Se equivocaba la señora Gertrúdis. Miguel no dormía ni habia dormido : su cama estaba intacta, porque no se habia acostado.

Para que la señora Gertrúdis no interrumpiera su terrible insomnio con preguntas impertinentes habia cerrado por dentro la puerta de su cuarto, y paseándose como un loco, sin poder permanecer sentado ni un minuto siquiera, repetia con voz trémula estas terribles palabras :

« ¡ Cuatro mil duros!..... ¡ Cuatro mil duros!..... »

De este modo habia visto clarear el dia, habia oido los diferentes ruidos con que Madrid se despierta, habia sentido llegar hasta sus ojos los rayos del sol con que la mañana ilumina el cielo y alegra la tierra; pero todo eso lo habia visto, lo habia oido y lo habia sentido sin verlo, sin oirlo y sin notarlo, porque hacia ya seis horas que estaba clavada en sus ojos, en sus oidos y en su alma la terrible suma de los cuatro mil duros.

Alguna vez intentaba levantarse allá, en el fondo de su corazón, la dulce y risueña imagen de Magdalena, mas su espíritu agitado no podía reposar ni un momento en el recuerdo de una felicidad tan reciente y de la cual le parecía que lo separaban ya muchos siglos; al mismo tiempo la presencia en su alma de la hermosa vecina le causaba un mal-estar indecible, que participaba algo de la aceréa desazón del remordimiento; era un recuerdo tan lleno de luz, tan resplandeciente, que sus ojos turbados no se atrevían á mirarlo cara á cara.

La imagen, pues, de Magdalena se hundía en las sinuosidades de su pensamiento bajo el peso abrumador de los cuatro mil duros.

Otra imagen también intentaba apoderarse de su alma en aquellos momentos de tribulación.

Era la imagen de la mujer desconocida que lo había arrastrado al pabellón del jardín, donde había oído su voz de sirena, había admirado su talle de princesa, y de cuya boca había recibido un beso irresistible en los purpúreos labios de su retrato.

Esta mujer, que según sus averiguaciones debía ser la hermana del Duque, no podía decirse que llenaba su corazón; pero se había apoderado completamente de su pensamiento, y ya iban pasados tres días en que, á pesar de Magdalena, el aturdido mancebo no acertaba á pensar más que en ella. Mas el encanto misterioso, incitante, de aventura tan poética y tan novelesca, se deshacía ante la dura realidad, ante la prosa efectiva de los cuatro mil duros.

Cuatro mil duros apremiantes, inflexibles, que era preciso pagar aquella misma noche ó morir, porque al jugar la última carta se había jugado la vida. Tal era por lo ménos el terrible dilema, la imperiosa alternativa que su *honor* le presentaba.

Había cometido una falta que era forzoso subsanar con un crimen; y á la vez que no encontraba por ninguna parte los cuatro mil duros perdidos, el suicidio se le venía á la mano, se le ponía delante, se le clavaba entre ceja y ceja con punzante ahinco, y se hacía dueño absoluto de su pensamiento.

Poco á poco se iba familiarizando su ima-

ginacion exaltada con la idea de morir, y al fin resolvió matarse..... ¡Infeliz!..... no encontraba otro recurso.

La muerte lo llamaba con tenebrosa instancia y con viva urgencia; la deuda habia de pagarse aquella noche; por consiguiente, no tenía tiempo que perder.

Sin detenerse á pensarlo más, comenzó á despedirse de la vida con la precipitacion angustiosa del que tiene contados los instantes, y cogiendo la pluma escribió cuatro cartas.

En la primera trazó este renglon tristísimo:

«Magdalena..... adios..... olvídame.»

La segunda iba dirigida al generoso banquero que le habia abierto su bolsillo como se abre una sepultura, y le decia:

«Caballero: en cambio de los cuatro mil duros que no puedo pagarle, tome V. mi vida, que ya la habré dejado cuando lea V. esta carta.»

La tercera era para el Duque, y estaba concebida en los siguientes términos:

«Dentro de esta carta, que hallará V. encima de la mesa de su cuarto, va la llave del

escritorio..... en el cajon del dinero encontrará V. un estuche, dentro del estuche una miniatura encerrada en un marco de oro..... La miniatura es el retrato de mi madre..... el valor del marco completa la cantidad contenida en el cajon del escritorio.»

La cuarta se reducía á estas cuatro palabras:

«Señora, mi retrato es más feliz que yo.»

Contemplando el renglon que acababa de escribir en la última carta, le ocurrió una duda. ¿Quién era la mujer desconocida? ¿Cómo hacer que llegáran á sus manos aquellas palabras?

Pronto encontró el medio; sentia la luz de la muerte y lo encontraba todo menos los cuatro mil duros.

El medio era muy sencillo. Tenía que ir á casa del Duque,—por supuesto, ántes de matarse,—y una vez allí saldría al jardin, escalaría la estufa y penetraría por segunda vez en el pabellon, dejando la carta sobre el caballete al pié del retrato.

Escritas las cuatro, cerró la primera y puso en el sobre: